

Relatos San Valentín 2012



Una noche mágica

Isabel Keats

Una noche mágica

Relato San Valentín 2012

Isabel Keats

—Nos vemos en la fiesta. ¿Sabes dónde es, Jaime?

—Sí, Pedro, no te preocupes. Conozco la zona —contestó, al tiempo que abría la puerta del copiloto para que Ana entrara.

Luego rodeó el coche, se metió dentro y cerró la puerta con un golpe seco. Durante unos instantes no hizo amago de dar vuelta a la llave y Ana empezó a ponerse nerviosa una vez más.

«Tonterías», se dijo procurando tranquilizarse, «no me ha reconocido».

Ella en cambio, había sabido quién era desde el momento en que entró en el restaurante pidiendo disculpas por llegar tarde y lo vio sentado a la mesa. Apenas había cambiado en los últimos cinco años; quizá asomaban unas cuantas canas más entre su abundante pelo castaño oscuro, pero seguía tan seductor como siempre. El hombre arrancó por fin y el potente vehículo se incorporó con suavidad al denso tráfico del Paseo de la Castellana.

—Así que Ana Guzmán... Cuando te conocí ibas de incógnito, ¿no? Claro, imagino que si te apetece echar una cana al aire, adoptar otra personalidad le añade emoción al asunto...

Notó que la mujer a su lado se ponía tensa y se alegró al comprobar que no estaba tan serena como había aparentado durante toda la velada. Todavía no sabía cómo había logrado controlarse cuando, de repente, apareció sonriente, ofreciendo disculpas a diestro y siniestro, y más guapa aún de lo que la recordaba. Por fortuna, la rabia que le invadió al verla saludarlo como si nada vino en su ayuda y evitó que se abalanzara sobre ella como el que encuentra un valioso tesoro perdido hace mucho tiempo.

—Entonces me has reconocido —afirmó más que preguntó, con esa voz espesa y dulce que aún tenía el poder de erizarle el cabello.

—En cuanto entraste en el restaurante; verás, no estoy del todo senil. Aún soy capaz de recordar los rostros de todas las mujeres con las que me he acostado.

Por un instante, sus ojos garzos se clavaron en él; pero con rapidez desvió la vista, aunque no antes de que Jaime leyera en ellos el dolor que su comentario le había infligido. Se alegró. Deseaba herirla; quería que sufriera aunque sólo fuera una décima parte de lo que él había padecido.

—Increíble. A juzgar por lo poco que sé de ti, deben ser tantas que me

impresiona tu buena memoria —respondió irónica, intentando reponerse.

—¿Y tú? ¿Lo haces a menudo? Quiero decir, irte a la cama con un perfecto desconocido. Me da la sensación de que nuestros amigos, Pedro y María, ignoran esa faceta tuya tan *aventurera* —recalcó la palabra con sarcasmo—. Cuando me propusieron la cita a ciegas de esta noche, me hablaron de una amiga encantadora que acababa de pasar momentos difíciles al perder a su marido; pero no mencionaron en ningún momento que fueras una viuda alegre. De hecho, deduzco que la noche en que te conocí ni siquiera eras viuda...

La miró de reojo y observó cómo se clavaba los dientes con fuerza el labio inferior; un gesto que, muy a su pesar, le hizo desear inclinarse sobre esos labios sensuales y ser él el que los mordiera hasta que pidiera clemencia. Trató de esquivar ese inoportuno ramalazo de excitación y se aferró al volante hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—No eres el primer hombre atractivo que conozco en una fiesta. ¿Y qué me dices de tu actuación?, ¿acaso fue mejor que la mía? ¿Crees que puedes darme lecciones de moral? Seguro que piensas que por ser un hombre tienes más derecho que yo a echar una cana al aire —contestó Ana levantando el mentón desafiante.

Ciego de rabia, Jaime dio un volantazo y giró por una calle poco iluminada, por la que apenas pasaban coches. Aparcó con brusquedad, apagó el contacto y se volvió hacia ella enfurecido.

—Una cana al aire, ¿eso es lo que fue para ti esa noche? —aunque no levantó la voz, la pregunta restalló en el interior del vehículo como un latigazo.

Acobardada por la rabia que destilaban los ojos negros, Ana agarró la manilla y trató de abrir la puerta, pero estaba bloqueada. Al ver su expresión de temor, el hombre esbozó una sonrisa sardónica, como si su miedo le resultara placentero.

—Ah, no. No te irás. Hace mucho tiempo que espero esta oportunidad de poner las cosas en claro.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó ella sin aliento, procurando que el temblor de su cuerpo no se reflejara en su voz.

Reconocía que estaba asustada; al fin y al cabo, ese hombre era «casi» un desconocido. Por unos instantes, el significado de ese sencillo adverbio estalló en su mente y volvió a ver esos ojos ardientes, no de ira sino de pasión, mientras sus manos de dedos largos y elegantes seguían el rastro de fuego que dejaban a su paso, en todos los rincones de su cuerpo, esas pupilas llameantes. El recuerdo por poco la hizo gemir.

—Quiero... —Jaime se detuvo y, con lentitud, deslizó su mirada por los bellos rasgos femeninos enmarcados por una media melena del color del ámbar; los ojos claros rodeados de espesas pestañas, que le miraban con desconfianza; la nariz recta y pequeña; los apetitosos labios ligeramente temblorosos y bajó hasta su pecho, que subía y bajaba agitado bajo su blusa de seda. Haciendo un esfuerzo titánico, se obligó a mirarla de nuevo a los ojos y repitió—: Quiero que me digas por qué huiste de mí a la mañana siguiente, por qué me diste un nombre falso... En definitiva, por qué jugaste

conmigo.

—¡Era una fiesta, por el amor de Dios! Gente desinhibida que juega a ser quien no es, una cálida noche de verano, quizá un exceso de alcohol —se encogió de hombros displicente, como si nada de eso tuviera mucha importancia en realidad.

—Te estuve observando toda la noche. No bebiste nada más fuerte que un zumo de piña —contestó él reprimiendo las ganas de agarrarla de los brazos y zarandearla.

Ana sabía que tenía razón. Esa noche no bebió nada, no fue necesario; se sentía como si hubiese tomado una potente droga que aumentaba sus sensaciones multiplicándolas por diez. Todo a su alrededor parecía más nítido, más brillante, más hermoso que nunca. Por unos segundos, su realidad diaria se desvaneció como un mal sueño. Esa noche se sentía joven otra vez, como hacía mucho que no le ocurría, y quiso gozar de cada nanosegundo sin pensar en nada más. Sin querer, una sonrisa de añoranza asomó a sus labios, haciendo que Jaime contuviera la respiración.

•

Esa noche también había sonreído recordó. Desde el momento en que ella descendió por la escalinata de piedra que conducía al jardín, con un ligero vestido veraniego, se sintió atrapado por su encanto y ya no tuvo ojos para nadie más. Su energía se filtraba por los poros de su piel, generando a su alrededor un aura de pura vida que atraía las miradas anhelantes de los hombres. A pesar de lo que Ana pudiera pensar, Jaime no era el clásico tipo aficionado a las aventuras de una sola noche; tampoco se consideraba un gran seductor, pero supo de forma irrefutable que debía hablar con ella, que algo se marchitaría en él si no lo hacía. Recordaba las palabras exactas que usó para abordarla:

—Tú eres la que he estado buscando toda mi vida —le salieron directas del corazón y él fue el primer sorprendido al escucharlas.

Pensó que se reiría de él, que lo despediría con un gesto desdeñoso como a un grotesco Don Juan de pacotilla. Sin embargo, ella se lo quedó mirando con sus luminosos ojos azules, en tanto que las comisuras de su boca se alzaban con suavidad en una enigmática sonrisa que le obligó a tragar saliva. Con esa voz suya, capaz de sumirlo en un estado febril, contestó:

—Es lo más bonito que me han dicho nunca.

Ya no se separaron en toda la noche. Durante unas horas llenas de magia, él llegó a pensar que debían haberse conocido en otra vida; tenían tantas cosas en común, hablaban sin parar de cualquier tema que les interesara, reían a carcajadas con las mismas bromas. Hacia las cinco de la madrugada la invitó a su casa. Le pareció que ella titubeaba unos segundos, pero enseguida le contestó con un simple:

—Sí.

Y lo que antes fue magia se transformó en brujería y con el roce de su cuerpo lo sumió en un hechizo en el que había quedado atrapado durante cinco largos años. Por mucho que trató de engañarse a sí mismo, al verla de nuevo en el restaurante supo, sin lugar a dudas, que no la había olvidado, que hasta la última partícula de su piel la

recordaba.

•

—Bueno, y qué importancia puede tener todo aquello ahora. Han pasado más de cinco años —el tono indiferente de su voz lo devolvió de golpe al presente.

—Además, para ti sólo fue una cana al aire... —si lo hubiera conocido mejor, Ana habría sabido que el tono sedoso que Jaime había empleado significaba «peligro».

Ella se apartó un mechón de pelo de la cara con una mano nerviosa:

—Una cana al aire, una locura pasajera... da igual cómo lo llamemos. Fue algo que tuvo un principio y un final.

—Sí, pero todas las historias tienen un nudo en el medio y en esta brilla por su ausencia —contestó Jaime en el mismo tono suave y amenazador.

—Creo que esta conversación no nos lleva a ninguna parte. Por favor, arranca el coche y vayamos de una vez a la fiesta —ordenó, satisfecha al comprobar que su voz sonaba firme a pesar de lo frágil que se sentía.

Decidida, agarró el cinturón de seguridad y trató de abrochárselo; pero, con un movimiento tan rápido que a su cerebro casi no le dio tiempo de registrarlo, Jaime la atrapó entre sus brazos y la incrustó contra su pecho al tiempo que sus dedos se enredaban violentos en los suaves cabellos femeninos, forzándola a alzar la cabeza.

—Esta noche también me apetece echar una cana al aire. Quizá de esta manera consigamos inventar una historia que no tenga una de sus partes mutilada —sus ojos oscuros echaban chispas.

—¡Suéltame, me haces daño! —exclamó Ana, pero el tirón se hizo aún más doloroso, mientras él observaba complacido sus ojos llorosos y asustados.

—Quiero que sufras... —susurró con voz ronca a apenas dos centímetros de su boca y su cálido aliento rozó sus labios —. Quiero que sientas lo que yo sentí aquella mañana que me desperté y tú ya no estabas a mi lado...

Muy despacio, lamió con su lengua los labios femeninos haciéndola estremecer. Ana trató de resistirse, pero esos brazos eran como anillos de acero y la mantenían bien sujeta contra su amplio pecho.

—Déjame —suplicó con voz débil.

—No puedo Ana, ¿no ves que no puedo...? —los labios de Jaime se posaron sobre los suyos con inesperada suavidad y todo lo que no fuera el contacto de esa boca contra la suya se borró de la mente de Ana.

Las manos masculinas ya no eran violentas, sino que recorrían su cuerpo acariciándola con una maestría que la dejaba sin aliento. Sin poder evitarlo, Ana entrelazó las suyas alrededor de la nuca de Jaime atrayéndolo hacia sí aún más y entreabrió los labios, permitiendo que esa lengua enloquecedora investigara el suave y húmedo interior de su boca.

Allí estaba de nuevo, como hacía cinco años. La magia que los envolvió entonces no había perdido ni un ápice de su fuerza.

—Ana, Ana —jadeó Jaime envolviéndola aún más fuerte entre sus brazos y

apoyando la mejilla sobre su pelo—, ¿por qué lo hiciste? ¿Por qué te fuiste sin dejarme siquiera una nota? Estuve más de una año buscándote, pero fue inútil. Desapareciste sin dejar rastro.

Ana percibió el dolor en sus palabras, reflejo del que ella misma sintió tras esa noche extraordinaria que ambos compartieron. Recostada contra el torso masculino, sintiéndose tan segura como una embarcación que por fin llega a puerto, escuchó el acelerado latir de su corazón y, al fin, fue capaz de articular las palabras que llevaban tanto tiempo encerradas en su interior.

—Me dio miedo que algo tan maravilloso se convirtiera en una de tantas sórdidas historias. En realidad, nunca había hecho nada parecido —notó que los brazos masculinos se estrechaban aún más en torno a ella—. Me casé muy joven, más por agradecimiento que por amor, con una persona que me había ayudado mucho en una época de mi vida. Cuando te encontré aquella noche, mi marido llevaba ya un tiempo enfermo. Ese fin de semana, había venido a Madrid con una amiga; eran los primeros días libres que me había tomado desde hacía muchos meses. No pretendo justificar mi infidelidad. Él aún era mi marido; un hombre bueno al que le debía respeto y lealtad, pero a pesar de todo, en cuanto te conocí ya no fui dueña de mis actos...

Ana alzó la cabeza y Jaime percibió en sus pupilas una absoluta sinceridad; por unos segundos, notó que se le humedecían los ojos y tuvo que parpadear varias veces para controlarse.

—Sigue, por favor —rogó apartando un mechón de pelo de su rostro y colocándolo detrás de su oreja con delicadeza.

—Cuando desperté a la mañana siguiente, descubrí que no había sido un sueño. Ahí estabas, a mi lado, todavía dormido. De repente, supe que por ti sería capaz de abandonar todo lo que hasta ese minuto había sido mi vida y me entró pánico. Mi marido no se merecía eso; ahora era cuando más me necesitaba. Así que me alejé de ti, pensando que no volveríamos a encontrarnos nunca más.

—Pero a pesar de todo nos hemos encontrado... —respondió él, enmarcando la cara de Ana con ambas manos y clavando su mirada en esos iris luminosos como un cielo de verano.

—Sí —se limitó a contestar Ana, a pesar de que su expresión traicionaba una honda emoción.

—Y te juro que ya no te dejaré marchar... —prometió Jaime y, de nuevo, se abalanzó sobre sus labios con ansia infinita y dejó que sus caricias hablaran por él.

FIN

